

EURÍPIDES: *Heracidae*, editada por A. GARZYA, Teubner Verlagsgesellschaft, Leipzig 1972. XXII + 42 pp.

Nos recuerda el autor en el *prefacio* (pp. VII-XII) la existencia de dos grupos de obras en la tradición del texto eurípideo. Una lista alfabética, sin escolios (*Helena, Electra, Heracidas, Heracles, Suplicantes, Ifigenia en Aulide, Ifigenia entre los tauros, Ión, Cíclope*). Otra, una selección con escolios (*Hécuba, Orestes, Fenicias, Hípólito, Medea, Alcestitis, Andrómaca, Reso, Troyanas, Bacantes*). Si el segundo grupo nos ha sido transmitido por numerosos manuscritos, el primero nos es accesible sólo a través de dos testimonios. Garzya ha hecho la colación de los manuscritos, ya directamente, ya a través de fotocopia. Vamos a dedicar unas palabras a esos manuscritos, de los que hace un examen profundo.

L (Laurentianus), gr. XXXII, papiro, 259 por 219 mm, dos columnas, 33-38 líneas, aproximadamente de 1315. Contiene, entre otras cosas, el argumento de los *Heracidas* y los versos 89-96. No se sabe quién lo escribió en su mayor parte, aunque sí podemos decir que Nicolás Triclinio, pariente político del famoso Demetrio Triclinio, escribió *Reso, Ión* y ambas *Ifigenias*. Luego, puede distinguirse entre L¹ y L². Ambas son anotaciones de Demetrio Triclinio, pero si las primeras son menos recientes y hechas con tinta negra, las segundas ofrecen colores variados: oscuro, rojizo, ceniciento y rojo.

P (Vaticanus Palatinus), gr. 287, pergamino, en dos columnas, siempre 27 líneas, 305 por 210 mm. En la parte Laurentiana, que comprende *Heracidas* vv. 1.003 hasta el final, y 315 por 215 mm. En la parte Palatina, que tiene el argumento de nuestra tragedia y los vv. 1-1.002. En cuanto a P¹ es un *rubricator* que añadió, suplió y restableció no pocas cosas. Sabemos que se llamaba Juan Catrares.

Concluye Garzya de su examen de los manuscritos que habría existido un apógrafo λ del que salieron L y P. Asimismo está convencido de que P no es copia de L.

En alguna ocasión utiliza otros manuscritos procedentes todos ellos de L. Así:

Fl (Laurentianus) gr. XXXI 1, del año 1470;

E (Parisinus) gr. 2887, siglos xv-xvi;

Mr (Parisinus) Gr. 2817, anterior al año 1504.

Ofrece una lista de las *ediciones* de la tragedia que nos ocupa, desde la de MUSURUS en 1503 hasta la del propio Garzya del año 1958 (pp. XIII-XIV). Vienen, luego, los *Comentarios* (pp. XIV-XX) divididos en dos partes: una sobre los *Heracidas*, en particular; otra, sobre Eurípides en general.

Las siglas y otras cuestiones sobre el aparato crítico ocupan las páginas siguientes (XXI-XXII).

La *hipótesis* y el *texto* llenan desde la página 1 a la 41. Acaba con unos *fragmentos* de la obra (p. 42).

Hagamos algunas consideraciones sobre la crítica que desarrolla en el establecimiento del texto. Hemos de decir ante todo que tiene indudables aciertos, especialmente cuando restituye el texto de los manuscritos. Así ocurre en los versos: 21, 144, 171, 314, 346, 382, 436, 438, 486, 506, 515, 541, 634, 643, 838, 890, 933, 1.014. Otras veces se trata de elegir entre varias lecturas: vv. 696, 513. En este último caso prefiere la lección de un manuscrito más reciente.

Importante es la supresión de lagunas (vv. 77, 110, 311, 805, 1.017, 1.052), corchetes (vv. 102, 168, 299-301, 376), cruces (vv. 396-397, 785, 822, 884). Nuevas grafías nos da en vv. 525, 225, 971, 335 y 432.

Puntúa personalmente algunos pasajes, contribuyendo a una mayor claridad (vv. 169, 550, 577, 619, 634, 646, 647, 709, 794, 805).

Ordena algunos versos sin seguir la disposición de los manuscritos: 683, 688, 687, 684, 685, 686, 689.

Pero pensamos que no ha defendido todo lo necesario la lectura de los manuscritos en vv. 22, 178, 223, 227, 255, 350, 377, 385, 396, 657, 685, 686, 710, 733, 756, 765, 789, 793, 911, 1.006, 1.016, 1.038.

JUAN ANTONIO LÓPEZ FÉREZ

EURÍPIDES: *Andrómaca*. Introducción, traducción y notas de José RIBEIRO FERREIRA, Instituto de Alta Cultura, centro de Estudios Clásicos e Humanísticos anexo a Faculdade de Letras da Universidade de Coimbra, Coimbra 1971, XIX + 302 pp.

Tras la presentación del trabajo por parte de María Helena da Rocha Pereira, directora del Seminario de Griego (pp. XIII-XIV), viene el *prefacio* del autor en que habla de su método de traducción —verso blanco en las partes líricas y prosa en las no líricas— y de que se trata de su Tesis de Licenciatura (XV-XVII).

La *Introducción* es muy amplia (pp. 1-96). Nos presenta el problema de la fecha, imposible de fijar con certeza. Basándose en datos históricos (pp. 4-14), Robertson¹ colocaba la *Andrómaca* en 429, mientras Fernández-Galiano en el 427.² Page, entre 424 y 418.³ Pero las circunstancias históricas no aclaran nada en concreto. Garzya la sitúa después del 422, año del desastre de Anfípolis.⁴ Apoyándose en criterios métricos⁵ —uso de *antilabe*, resolución de las largas en los metros de los trímetros yámbicos, y uso de dáctilo-epitretos—, y en los datos lingüísticos⁶ —términos épicos, esquileos y neologismos— puede situarse la *Andrómaca* entre *Hipólito* (428 a. J. C.) y *Hécuba* (424 a. J. C. aproximadamente) Ribeiro se inclina por una fecha situada entre 428 y 425 (pp. 14-19).

Se estudia, luego, el problema del lugar de representación de la pieza (pp. 21-24), asunto que está por resolver. Quizá fue en Molosia, en honor del rey Tárpe.

Viene a continuación el mito (pp. 25-35). El de *Andrómaca*, tal como aparece en la *Iliada*, *Odisea*, *Iliupersis*, *Pequeña Iliada* y en Píndaro. El de *Hermione* y el de *Neoptólemo*, en *Ferécides* y Píndaro. Eurípides innova: pone en relación *Andrómaca* y *Hermione*; *Neoptólemo* viaja dos veces a Delfos; *Peleo* sobrevive a su nieto *Neoptólemo*; éste vive en Tesalia y no en el Epiro; *Orestes* va a Ftia y, luego, mata a *Neoptólemo* en Delfos; el erotismo de *Hermione* frente a la moderación de *Andrómaca*; el cadáver de *Neoptólemo* va desde Delfos a Ftia y de nuevo a Delfos; *Menelao* ha prometido a su hija *Hermione*, primero a *Orestes*, después a *Neoptólemo*.⁷

Es importante la caracterización de los personajes (pp. 37-46), dentro de la técnica eurípidea, pues aparecen sufriendo, discutiendo, luchando, hablando de las cosas de cada día. *Andrómaca* es la misma que la de la tradición épica, pero más humana. A *Hermione* se la considera caprichosa, engreída, erótica,⁸ falsamente arrepentida al final; termina por huir orgullosa y arrogante en compañía de *Orestes*. *Peleo* se muestra como un viejo simpático, humano, colérico y, a veces, un tanto fanfarrón. *Menelao* aparece como cobarde, impío, sin escrúpulos. Igualmente, *Orestes*, resulta cobarde, oportunista y asesino.

1. D. J. ROBERTSON, "Euripides and Tharyps", CR XXXVII, 1923, pp. 58-60.

2. M. FERNÁNDEZ-GALIANO, "Estado actual de los problemas de cronología eurípidea", E Clas XI, 1967, pp. 342-343.

3. D. L. PAGE, "The elegiacs in Euripides 'Andromache'", Greek Poetry and Life, Essays pres. to G. Murray, Oxford 1936, pp. 206-230.

4. A. GARZYA, "La data e il luogo di rappresentazione dell'Andromaca di Euripide", GIF V, 1952, pp. 346-366.

5. T. ZIELINSKI, Tragodumenon libri tres (II De trimetri Euripidei evolutione), Cracovia

1925. T. W. L. WEBSTER, The Tragedies of Euripides, Londres 1967, y E. B. CEADEL, "Resolved feet in the trimeters of Euripides and the chronology of the plays", CQ XXXV, 1941, pp. 66-89.

6. W. BREITENBACH, Untersuchungen zur Sprache der euripideischen Lyrik, Hildesheim 1967, esp. pp. 121-122.

7. H. ERBSE, "Euripides 'Andromache'", en Euripides, Wege der Forschung, LXXXIX, Darmstadt 1968, pp. 275-394.

8. Para A. GARZYA, es el rasgo fundamental de tal personaje. Ver Euripide, Andromaca, Nápoles 1963², XXVI.

Se dedica bastante extensión (pp. 47-78) a la estructura formal de la obra: prólogo, párodo, cuatro episodios, cuatro estásimos y éxodo. Al mismo tiempo se nos habla de la estructura métrica de las partes líricas.

Más interesantes son los apartados siguientes:

A) Crítica antiespartana (pp. 79-82), tanto en las expresiones referentes al modo de ser y al libertinaje de las mujeres, como en la presentación de los personajes Menelao y Hermíone: crueles, brutales, cínicos, impíos y falsos. Con todo, no hay que pensar como algunos que el odio a Esparta sea el primer objetivo de la pieza.⁹

B) Condención de la guerra de Troya (pp. 82-84).

C) Contrastes: griegos frente a bárbaros; señor frente al esclavo; exceso frente a la moderación (pp. 84-92).

D) La cuestión de la unidad del drama (pp. 92-96). Frente a quienes han pensado que *Andrómaca* esté compuesta de dos dramas distintos —el de *Andrómaca* y el de *Hermíone*—,¹⁰ o la dividen en tres partes, incluso,¹¹ sin que falte quien trate a Eurípides de incompetente,¹² puede decirse que el objetivo fundamental de la obra es demostrar la moderación —*sophrosýne*— de la figura central: esposa ideal, moderada, silenciosa. En eso consiste, precisamente, el meollo y la unidad de esta tragedia.

La traducción comprende el lugar central del libro de Ribeiro (pp. 97-165). Es pulcra y correcta, por lo general. Le han servido de mucho los escolios publicados por Schwartz, la edición y traducción de A. Tovar,¹³ así como la ya mencionada de Garzya, la de Merdier y la de Kamerbeek.¹⁴

Siguen las *notas* (pp. 169-266) en número de 497. Son interesantes y amplias. El autor confiesa que no ha utilizado la edición de Stevens,¹⁵ por razones de fecha. Acude continuamente a los escolios y a las otras ediciones comentadas con abundancia de noticia de todo tipo: mítico, literario...

Viene, a continuación, una *bibliografía* bastante completa (pp. 269-272) en la que se recogen las ediciones críticas, ediciones comentadas, escolios, léxicos y estudios concretos de la obra. Por último, un índice onomástico (pp. 275-295) y el general (pp. 297-298). Acaba dando una fe de erratas.

JUAN ANTONIO LÓPEZ FEREZ

Epicur. Lletres. Text revisat, introducció i versió de Montserrat JUFRESA. Fundació Bernat Metge, Barcelona 1975, 136 pp. (moltes dobles).

M. Jufresa, que treballa molt intensament en el camp dels estudis epicureus —ara acaba de presentar la seva tesi sobre aspectes de l'obra de Filodem— ens ofereix, crec que per primera vegada a Espanya, l'edició, amb introducció i versió catalana, de les tres lletres més importants d'Epicur: A Heròdot, A Pitocles, A Meneceu. El volum es divideix en tres parts ben clares: una introducció on pràcticament no hi manca res, tan en l'aspecte d'informació general com en la bibliografia concreta (els recentíssims estudis de Lemke, García Calvo, Bollack i Rist hi són inclosos), i en el curs de la qual la senyora Jufresa fa una posada a punt de tots els problemes més importants de la figura i el pensament epicuri: Vida, obra, pensament, física, ètica, extensió i evolució de l'Epicureisme; una bona guia bibliogràfica on són ressenyats els principals estudis existents sobre l'autor i la seva filosofia; i, finalment, el text amb la versió catalana. Respecte a aquest últim apartat, cal posar en relleu que l'autora no s'ha acontentat amb una mera utilització d'edicions crítiques existents, sino

9. H. D. F. KITTO, *Greek Tragedy*, Londres 1961^a, p. 229.

10. G. NORWOOD, *Essays on Euripidean Drama*, Londres 1954, p. 46.

11. G. M. A. GRUBE, *The Drama of Euripides*, Londres 1941, p. 81.

12. H. D. F. KITTO, *op. cit.*, p. 230.

13. EURÍPIDES, *Tragedias I*, Alcestis. *Andrómaca*, Barcelona, Alma Mater, 1955.

14. L. MERIDIÉ, *Euripide II*, París, Les Belles Lettres, 1965^a. J. C. KAMERBEEK, *Euripides' Andromache*, Leiden 1955.

15. P. T. STEVENS, *Andromache*, Introducció i comentari, Oxford, Clarendon Press, 1971.

que ha consultat personalment alguns manuscrits —especialment el *Parisinus gr. 1759*—. Quant al text, Jufresa ens confesa que ha procurat, en la mesura possible —i això és un mèrit que cal accentuar— alleugerir el text d'Epicur de moltes de les conjetures erudites per a romandre, fins on això és factible, fidel al text transmès. “Hem preferit les lliçons dels còdexs sempre que el resultat fos coherent”.

La versió és clara i intel·ligent, i hom pot, a través de la lectura en català, fer-se una idea de l'estil del filòsof.

JOSEP ALSINA

EDELSTEIN, L. e I. G. KIDD: *Posidonius*, Volume I, The Fragments (Cambridge classical Texts and commentaries, 13), University Press, Cambridge 1972, LIII + 336 pp.

En su bien conocido artículo sobre “The philosophical System of Posidonius” aparecido en el *AJPh* de 1936, Ludwig Edelstein anunciaba la preparación de un libro que contendría los fragmentos de Posidonio. A su muerte, en 1965, el libro aún no estaba terminado, pero su discípulo Kidd pudo trabajar sobre los papeles dejados por el maestro y de este modo tenemos ya el primer tomo de la edición de los fragmentos, cuyo comentario constituirá el contenido del tomo segundo.

Realmente se hacía notar la falta de una buena edición de los fragmentos del filósofo de Apamea. Sólo disponíamos de la, por otra parte, excelente, de Janus Bake (*Posidonii Rhodii reliquiae doctrinae, collegit atque illustravit...*) que data, nada menos, que de 1810. Pero desde entonces mucho ha llovido en el campo de la filología, y especialmente en lo que concierne a la obra de Posidonio y es, por tanto, elogiabile la empresa llevada a cabo entre Edelstein y su discípulo.

En el prólogo esboza Kidd los principios que han presidido la edición: el primer problema con el que se enfrenta son los criterios para la inclusión del material. El tema es harto conflictivo y de la solución que se adopte puede depender toda la ulterior interpretación de la obra del filósofo. Kidd, en este punto preciso, ha seguido los principios de Edelstein, esbozados ya en el antes citado artículo, y, en este sentido, ha seguido el criterio estricto de no recoger sino los pasajes en los que es citado textualmente el nombre del filósofo. Esta posición es acaso, hoy por hoy, la única viable. También nos parece acertado el criterio que ha guiado a los editores a la hora de seleccionar el material: ¿hay que recoger también los textos que, se supone, han podido ser influidos por Posidonio? En este caso, aparte que cada fragmento o texto podría ser sometido a una dura crítica —es sabido que en este punto la confrontación de los puntos de vista es interminable— en algunas ocasiones habría que imprimir —como recordara en su día Reinhardt— casi la mitad de la obra de Filón, por citar un caso.

Otro punto metodológico: ¿dónde iniciar y terminar el fragmento? También aquí los editores han adoptado un criterio más bien severo, habida cuenta que “in the past, hypothesis have been built on passages, which may or not pertain to Posidonius, adjacent to attested fragments” (p. XIX).

Una vez señalados los criterios de selección, parece que debemos decir algo acerca del método empleado en la organización y clasificación de los fragmentos: ante todo los editores han imprimido los *Testimonia*, éstos evidentemente más numerosos que en la edición parcial publicada por Jacoby (FGrH 87, T1-19), quien, por otra parte, fue el iniciador del método que consiste en separar los testimonios de los fragmentos propiamente dichos. Tras los testimonios —algunos de los cuales son “autotestimonios”— siguen dos grandes apartados, consagrados, respectivamente, a Fragmentos y títulos de libros, con indicación del libro a que pertenece cada uno de ellos, y una segunda parte, con textos sin indicación, porque no se conoce, del libro a que pertenecía el fragmento. Los editores, pues, han seguido el método de Jacoby, frente a von Arnim en su edición de los *Stoicorum veterum fragmenta*.

En principio, pues, estamos en presencia de un libro muy pensado, muy sólido y metodológicamente irreprochable. Que estemos o no de acuerdo con todos y cada uno de los puntos de partida de los editores es cuestión subjetiva; pero lo que no puede negarse es la

consecuencia, en general, con que han trabajado. Se proponían los editores ofrecer un texto lo más aséptico posible —y en el caso de Posidonio eso es realmente difícil—, que fuera, al tiempo, seguro, esto es, que no se prestara a confusiones en lo que concierne a las doctrinas atribuibles al filósofo. Y que fuera claro. Creemos que han conseguido su propósito, aunque en algún que otro caso han sido un tanto víctimas de su propio método: que, por ejemplo en T 7, en el testimonio referente a las relaciones con Escipión, los editores reconozcan que “Athenaeus appears to confuse Posidonius with Panaetius, to whom Posidonius may have alluded” y que, sin embargo, el testimonio se edite, me parece un exceso de celo en mantenerse fiel a unos cánones metodológicos.

Pero eso es tan sólo una gota de agua en un mar de aciertos. Aciertos desde un punto de vista de edición, desde unos principios ecdóticos. Porque, como es bien sabido, Edelstein tenía sus propias ideas acerca del contenido del sistema filosófico de Posidonio. Y estas ideas se reflejan, naturalmente, en la recopilación de los fragmentos, muchos de los cuales, en la visión más o menos ortodoxa (o simplemente, reinhardtiana) de Posidonio, faltan en esta edición.

JOSÉ ALSINA

QUINTELA FERREIRA SOTTOMAYOR, Ana Paula: *Esquilo*. As Suplicantes. Prefácio, introdução, tradução e notas de... Faculdade de Letras da Universidade de Coimbra, Instituto de Estudos Clássicos, 1968, XV y 155 pp.

Por el prefacio sabemos que el presente libro viene constituido por la publicación de un trabajo presentado en 1966 como tesis de Licenciatura en la Facultad de Letras de la Universidad de Coimbra. Según su misma autora, —“não é a originalidade atributo do trabalho que apresentamos”—, ella misma concede la mayor importancia, en su obra, a la traducción que ha realizado, nos explica, según el sistema utilizado en sus traducciones por la doctora da Rocha Pereira, que ha escrito, para este libro, una amable presentación. El método en cuestión se cifra en la traducción en verso blanco de las partes corales y en prosa de las dialogadas.

La traducción no parece contener faltas. Creo que refleja bastante bien el estilo elevado de Esquilo; y que constituye un ensayo viable en el que su autora debería perseverar hasta ofrecer a las letras portuguesas una traducción completa del difícil trágico. El método adoptado en la versión me parece correcto, pero me parecería mejor que, ya que se adopta el verso libre y blanco en las partes corales, estrofa y antístrofa se correspondieran; es decir, que el número de versos y de sílabas en cada verso con que se ha resuelto una estrofa forzara al traducir su antístrofa.

Buena parte de las notas a la traducción son de interés para el especialista; demuestran en la autora una información sólida y extensa en lo fundamental (cf., por ejemplo, en pp. 92-93, la nota 8). Las notas meramente informativas, que ayudan a cualquier lector a seguir la lectura del texto, son también adecuadas, pero seguramente escasas. La erudición desbanca las ayudas al lector normal en el sentido de la comprensión literaria de la obra. Por lo demás, esto refleja una de las características más acusadas de este libro: la información bibliográfica de su autora no es, desde luego, completa, pero sí conoce a fondo algunos trabajos importantes (Kurt von Fritz, Wilamowitz, que son continuamente aducidos; y Pohlenz, también, junto con H. Bacon) aunque a menudo da la sensación de haber leído la obra sólo a partir de ellos. De ello se resiente especialmente, a mi juicio, la introducción, así como algunas notas.

Así, hay libros (como el de Podlecki, *The political background of aeschylean tragedy*, Univ. of Michigan, 1966), que parecen estar en la bibliografía sólo por cumplir; la tesis de Podlecki sobre las relaciones de Esquilo con Temístocles no podía ventilarse en una nota (p. 24) si la introducción nos ofrecía tratar (pp. 23-26) del “condicionalismo político” de *Las suplicantes*. Asimismo, las notas a los vv. 333-339 no podían limitarse a citar a Kurt von Fritz y Wilamowitz; desde luego que el planteamiento de estos filólogos sigue siendo importante, pero la autora, aquí como en muchos lugares, no parece advertir que el poeta juega

con una carga de ambigüedad que sirve a sus fines dramáticos. Pero incluso desde un punto de vista estrictamente lógico (y, desde luego, teniendo en cuenta que el lenguaje de un poeta como Esquilo mal puede reducirse a puntos de vista tales), no puede, sin más, afirmarse (p. 27) que los egipcios obran impulsados por "uma paixão violenta que desrespeita a liberdade de escolha do próximo". ¿Tienen las mujeres libertad de escoger a su marido, en Grecia? ¿En la obra de un poeta, además, uno de cuyos personajes ha afirmado, referente a un grupo de mujeres, que lo mejor que pueden hacer es "callar y quedarse en casa"? La opinión de Thompson al respecto (*Aeschylus and Athens*, Londres 1941, p. 304) puede ser discutible, pero es al menos tan respetable como las aducidas por la autora. También hubiera sido deseable, en lo que a este problema se refiere, la referencia a J. H. Finley Jr. cuyo libro, *Pindar and Aeschylus*, Harvard University Press, 1955, no aparece tampoco citado por parte alguna.

Por último, nos favorece a este trabajo su tratamiento aislado de *Las suplicantes*. Se intenta, sí, un sistema de relaciones suficientes (en la medida de nuestros conocimientos) con las otras piezas de la tetralogía, pero no se nos dice nada del papel concreto de la obra en el conjunto del teatro esquiléo. Esto también habría sido muy útil para el lector normal de la traducción que, en efecto, parece ser la parte más trabajada e importante de este libro.

C. MIRALLES

GARCÍA LÓPEZ, José: *La Religión Griega*. Ediciones Istmo, Madrid 1975, 375 pp.

El libro que nos ocupa es, si no me equivoco, la primera síntesis que se publica en España sobre la religión helénica elaborada por un español, y eso es, por lo pronto, digno de tenerse en cuenta. Su autor se ha esforzado por ofrecernos, en un estilo llano y con buena información, los hechos más sobresalientes de ese fenómeno que llamamos el hecho religioso en Grecia. García López, en una breve nota introductoria, nos explica las intenciones básicas que le han guiado: "Ante todo, hemos deseado la idea de ofrecer una historia cronológica... El libro presenta, pues, una estructura en la que los distintos capítulos tratan esos aspectos más atractivos de la religión griega en forma independiente pero que, dentro del fin propuesto, adquieren una coherencia obvia". Y más adelante: "Las consideraciones de tipo fenomenológico con que intentamos encuadrar un determinado dato griego en unas coordenadas más amplias de creencias y comportamientos religiosos podrían ser un ejemplo destacado de la contribución antes aludida". Por lo demás, el autor insiste en que no ha querido jamás ocultar la deuda contraída con los grandes tratadistas del tema, y cita aquí a figuras como Nilsson, Wilamowitz, Kern, Pettazzoni y al binomio Gernet-Boulanger. Buenos compañeros, por supuesto, para ese viaje a los secretos y los problemas del fenómeno religioso de la antigua Grecia.

El libro se divide en siete grandes apartados: en ellos se tratan sucesivamente: 1. — Los dioses. 2. — Culto y Fiestas. 3. — Religiones populares y místicas. 4. — Religiosidad griega. 5. — Crítica religiosa. 6. — Mito y religión. 7. — Epílogo: religión helenística. Cada una de estas grandes partes es, a su vez, subdividida en una serie de apartados, llenos de rica bibliografía con citas abundantes de las fuentes utilizadas.

El esfuerzo realizado por García López es, pues, digno de todo elogio, y no seremos nosotros los primeros en criticar los aspectos que exigirían, a no dudarlo, en un análisis microscópico, una tarea que acaso rebasaría los límites de una simple reseña. Pero no queremos dejar de apuntar algunas observaciones, que, en el curso de la lectura, nos hemos ido haciendo y que, creo, pueden redundar en una mayor profundidad a la hora de una segunda edición, que, esperamos, verá el libro.

En el capítulo dedicado a los dioses, creemos que el autor se ha dejado llevar por una consideración excesivamente "homérica": faltan en este importante capítulo referencias claras para que el lector —y el libro está dedicado a un círculo de no iniciados— no caiga en la idea de que los dioses griegos han sido sólo tal como Homero nos los ofrece. Pausanias parece no existir para García López (aunque en el capítulo sobre la religión popular se corri-

gen algunas de estas "extrapolaciones"); en el apartado sobre el culto y las fiestas —quizás excesivamente breve— echamos de menos unas palabras sobre la plegaria, que no es estudiada, si la memoria no nos falla, en ninguna parte del libro. En el capítulo sobre el Orfismo —una estupenda síntesis a juicio nuestro— creo que el autor habría debido poner de evidencia que hoy se tiende a negar la existencia de una doctrina órfica como tal, así como las relaciones que Dodds ha intentado establecer entre orfismo y chamanismo.

Al hablar de Esquilo —en el apartado sobre Religiosidad griega— creo que una referencia a la estructura trágica de su tragedia ayudaría a entender buena parte del pensamiento de Esquilo. Eso es tanto más necesario cuanto que, al exponer las ideas trágicas de Sófocles, García López hace, de la mano de Kitto, referencia a las íntimas relaciones entre estructura y pensamiento trágico. El capítulo de Eurípides, a mi juicio, es excesivamente "tradicional". ¿Puede hablarse, después de Festugière y de Rivier, de un Eurípides racionalista? En la página 213, a propósito de las relaciones entre hombre y Dios en la Comedia nueva, se dice —cierto que de paso— que ésta no existe: véanse ahora las conclusiones a que se llega, a este respecto, en el último tomo de los *Entretiens* de la F. Hardt dedicados a Menandro. Y téngase en cuenta el *Díscolo* de Menandro, donde Pan domina, desde bastidores, toda la acción (y las piezas inspiradas en este autor, y en Dífilo, de Plauto, donde queda claro que la divinidad maneja los hilos de la acción). Las páginas dedicadas a Epicuro, basadas en Farrington, son decepcionantes: véanse, sobre el problema, los libros de Festugière y Lemke).

Marginalmente apuntaré —y el autor está, de hecho, de acuerdo conmigo— que un capítulo sobre el Mito, en un libro de religión, está, desde luego, fuera de lugar. Una cosa es el mecanismo psicológico que mueve la génesis del mito y otra muy distinta la narración de los mitos, que más que a la religión, pertenecen a la literatura.

Lástima que el autor se haya autoimpuesto la limitación de no abordar, más que en forma de "epílogo", la religión helenística. Desde la muerte de Alejandro al siglo VI d. J. C. hay todo un lapso de tiempo en el que el genio griego —por más orientalizado que haya estado, cosa que no hay que exagerar— ha dado en ocasiones lo mejor de sus elaboraciones: piénsese en el Neoplatonismo.

Pero estas observaciones son, simplemente, una muestra de que el libro ha sabido inspirarnos reflexiones y consideraciones, y de que lo hemos leído con agrado y satisfacción.

JOSÉ ALSINA

MARINESCU-HIMU, María y Adelina PIATKOWSKI: *Istoria literaturii eline*, Editura Stiintifica, Bucarest 1972, 669 pp.

Esta es, si no nos engañamos, la primera historia de la literatura griega escrita en lengua rumana, fruto, por otra parte, de la íntima colaboración de dos finas e inteligentes estudiosas del mundo antiguo, maestra y discípula, respectivamente. Las dos profesoras de la Universidad de Bucarest, bien conocidas ya por otros trabajos suyos (A. Piatkowski acaba de publicar el primer tomo de la traducción de Dión Casio) han, pues, llevado a término una labor necesaria y que sin duda será saludada con gozo por los estudiosos del mundo griego en la vieja "Daco-Romania", donde se está produciendo un notable renacimiento de los estudios clásicos, como delatan los ya numerosos tomos de la revista *Studi Clasice*.

La obra está escrita en un estilo sencillo, sin excesiva preocupación por las cuestiones eruditas, sin que ello signifique que las autoras desconozcan la problemática concreta de cada uno de los puntos abordados. Baste con mirar las numerosas notas que, al final de cada capítulo, orientan al lector sobre algunos de los aspectos concretos abordados en el texto. Los textos están siempre citados en versión rumana.

Sorprende un poco la desproporción en el espacio consagrado a cada uno de los períodos de la historia de la literatura griega: 250 páginas se dedican al período arcaico, 195 a la clásica (incluyendo en ella a Menandro) y el resto a la helenística. En el estudio de la lírica arcaica siguen las autoras un criterio por géneros, y, dentro de ellos, el cronológico puede sorprender

un tanto que Baquilides sea estudiado antes que Píndaro. Pero es que, opinan las autoras, Baquilides es "un continuator direct al activitatii lui Simonide" (p. 183).

En conjunto, una buena introducción para principiantes y un libro que puede ser de gran utilidad para los estudiantes rumanos. Esperamos que el libro pueda conocer pronto otra edición.

JOSÉ ALSINA

KÖRTE, A. y P. HÄNDEL: *La Poesía helenística* (Biblioteca Universitaria Labor), Labor, Barcelona 1973, 298 pp.

Es reconfortante comprobar que, a un ritmo creciente, van apareciendo libros sobre la literatura helenística, en nuestro país. En la "Fundació Bernat Metge" han sido editados, en pocos años, Teócrito, parte de Calímaco, Herodas, algo de la novela griega, está a punto de publicarse el tomo primero de Apolonio de Rodas; el malogrado Jaime Berenguer tradujo, en la editorial Vergara, a Longo; en la "Biblioteca Hispánica" anuncian ya el primer tomo de Polibio. Y, por lo que se refiere a estudios, aparte de algún tomo general sobre la época a que nos referimos (*Problemas del mundo helenístico*), han ido saliendo no pocos artículos sobre Herodas (L. Gil), Apolonio (García Gual), Meleagro (Galiano). Y ahora se incorpora a la bibliografía en lengua española la versión de este manual que, no por breve y en parte incompleto (no se toca la Comedia), dejará de prestar buenos servicios a los estudiosos del mundo helenístico en la fase alejandrina. Händel ha realizado una cierta revisión del original y, por lo que se refiere a la bibliografía, Carlos Miralles ha incorporado al volumen las principales publicaciones aparecidas entre la fecha de la primera edición (1925) y la segunda (1960).

El resultado de todo ello es un volumen que habrá de ser manejado con placer y utilidad por quienes quieren obtener una visión panorámica de la poesía alejandrina. Ya hemos indicado que se han introducido ciertas modificaciones respecto a la primera edición. Sobre todo, como señala Händel en el prólogo de la segunda edición, "pareció ventajoso modificar ciertos matices de la disposición; sobre todo, renunciar a la distribución consecuente según los diversos géneros, tal como Körte había hecho". De este modo, el libro ha quedado distribuido en dos grandes partes: la primera, que aborda el estudio de los grandes poetas (Calímaco, Apolonio, Teócrito), y los géneros (poesía narrativa, didáctica, drama, epigrama). Ya hemos indicado que, por voluntad e intención expresa del autor, se renunció a incorporar en este estudio la Comedia. Lástima grande, pero no podemos imponer a un autor nuestros propios gustos.

El libro es, en general, un estudio somero, a veces concebido con cierto sentido crítico, de lo más importante de la producción poética alejandrina. Y lo hace especialmente útil la introducción de amplios textos antológicos que permiten al lector entrar en contacto con las partes más valiosas de esta poesía. El traductor del volumen ha cedido a un especialista, C. Miralles, la labor, ciertamente no fácil, de verter los textos poéticos, con un método que nos parece el único a seguir en estos casos: respetar, en la medida de lo posible, la versión alemana, pero cotejándola siempre con el original griego. Lástima que, en demasiados casos puedan observarse algunos errores de traducción, que hubieran debido evitarse. Sobre todo en el caso de Calímaco, poeta ciertamente no fácil, especialmente en los fragmentos. Con el fin de que, en una futura segunda edición puedan corregirse, apunto algunos que me parecen subsanables:

Fr. 23: la versión "él solo..." no recoge el original ($\Sigma\epsilon\lambda\lambda\acute{o}\varsigma$),

Fr. 64: deben revisarse sobre todo los vv. 11 ss.

Fr. 75, 10 ss.: contiene algunas incorrecciones, especialmente al principio y al final. El traductor vierte el texto de un modo que se hace hartamente ininteligible. El texto que nos da el traductor reza así (v. 23 s.):

por ello no visitó mi hermana Lígdamis
 ni trenza tampoco mimbres en Amicla, ni, después de la
 caza, va a lavarse al río Partenio.
 Desde que tu hija prometió no casarse con nadie que no
 fuera Acontio, que no ha dejado Delos.

En realidad, los verbos están en imperfecto (ἐκχρησθη, ἐπλεκεεν, ἔην). El sentido es, pues: cuando la doncella hizo su juramento, Artemis no estaba en otro sitio que en Delos. Falta, además, la preposición "a" ante Lígdamis, por lo que, a un lector no atento, le puede parecer que Lígdamis es el nombre de la hermana de Apolo.

Fr. 75, 44 ss.: "recibiste" no es gramatical: es "habrías recibido". Deben asimismo retocarse los vv. 55 ss. de este fragmento.

En la versión de la *Cabellera de Berenice* (según la versión de Catulo) se observan asimismo algunas inexactitudes: el v. 14 no dice "con las ropas de la doncella" sino "por la doncellez". Asimismo en el v. 51 s. de la misma pieza catuliana se observan errores.

Fr. 260, 55 s.: el texto del v. 62 puede inducir a error. No es "que sigue tras el Ictis, lugar de corceles", como dice el traductor, sino "tras Ictis, domador de corceles". Ictis no es un lugar, sino un antropónimo. En la versión de Asclepiades, Anth. Pal. V, 85, no dice el texto "Consérvate virgen", sino "¿Te conservas virgen?" (φειδῆς).

Todo eso son, empero, "peccata minuta" que una revisión podrá subsanar. En conjunto, repetimos, el libro es una buena aportación que deberá utilizar todo helenista que no tenga acceso al original alemán.

JOSÉ ALSINA

REARDON, B. P.: *Courants littéraires grecs des II et III siècles après J.-C.* ("Annales littéraires de l'Université de Nantes", fascicule 3), Les Belles Lettres, Paris 1971, 460 pp.

Este amplio trabajo, uno de cuyos más notables valores es, sin duda, su carácter sistemático y riguroso, viene a colmar un vacío en los estudios de literatura antigua. Al menos hasta cierto punto. Porque, si bien es cierto que basta repasar la abundante bibliografía aducida por Reardon para constatar que no se trata de un tema falto de estudios, sobre todo particulares, también es cierto, en contrapartida, que un trabajo como éste, sobre las corrientes literarias, en general, de los siglos II y III d. J. C., sí se echaba de menos, como base previa para una visión más detallada y uniforme de conjunto que, a su vez, pudiera arrojar luz sobre los estudios particulares en que se basa. En este sentido puede decirse que el libro que nos ocupa es pionero y ambicioso, y también en este sentido puede insistirse en su oportunidad: llega justo en un momento en que hacía mucha falta y en que será, a no dudarlo, de utilidad para los estudiosos de esta época y de la literatura, en general, antigua.

Ahora bien, importa señalar, de entrada, las condiciones especiales en que reposa la obra de Reardon. Para lo cual debe tenerse en cuenta que si en algunos temas la bibliografía particular es suficiente o incluso muy respetable, en cantidad y en calidad (así, por ejemplo, en lo tocante a Luciano y a su obra), que esto mismo no puede decirse de algunos otros, en donde más claramente se verá, también en este sentido, la labor pionera y ambiciosa de su autor. Pongamos, por ejemplo, el género epistolar, desde la época helenística hasta la bizantina remozado por diversos autores, y, referente al cual, me temo que queda todavía por hacer el trabajo de despojo, estudio y sistematización del material editado por Hercher (1873) en la Didot. Lo que Reardon dedica a este punto (en diversos lugares, pero especialmente al hablar de Alcifrón: pp. 180 ss.) no es seguramente suficiente.

Reardon ha dividido su obra en tres partes: "le cadre" (que comprende una discusión sobre *paideia* y *mimesis*, un segundo capítulo sobre la literatura propiamente dicha y sus implicaciones, en especial, religiosas, y un tercero sobre la filosofía y un último, muy importante, sobre la retórica), "l'ancien" y "le nouveau", lo antiguo versando sobre lo retórico tradicional (retórica pura, creación retórica —Luciano, Alcifrón y Filóstrato— y retórica aplicada —a la historiografía, filosofía, etc.—, y lo nuevo abarcando un conjunto de hechos bastante complejo que van desde la paradoxografía (pasando por algo tan diverso como la obra y la inspiración de Marco Aurelio) hasta la literatura cristiana y la novela. El material se resiste a una ordenación coherente y ello queda reflejado en la tendenciosa disposición de los temas a estudiar en el primer capítulo (pp. 237 ss.) de la tercera parte: el hilo que mantiene la relación entre los paradoxógrafos, el manual de Artemidoro sobre la interpretación de los sueños y Marco Aurelio, es diestramente mantenido por la inserción, entre estos puntos, de otros que sirven de puente (el *Fisiólogo* —cuya adscripción a esta época no es suficientemente razonada: se opta por remitir al artículo de B. E. Perry en el *Pauly-Wissowa*—, los *Discursos sagrados*, en especial, de Elio Arístides, y la *Vida de Apolonio* de Filóstrato). Es posible que este capítulo, en concreto, ofrezca el material y el esquema de un estudio de gran interés a partir de los textos de la época. En su estado actual, al planteamiento de Reardon le falta, quizás, un mayor acento en los sustratos científico y filosófico de estas complejas manifestaciones literarias (cf., con todo, pp. 31 ss.). Quiere esto decir que, a pesar de la hábil disposición del material por parte de Reardon (por ejemplo, lo dedicado a Arístides termina con una consideración de los elementos aretalógicos en los *Himnos*, y después de ello se pasa a la exposición de lo referente a la *Vida de Apolonio* de Filóstrato; o bien, después de tratar de Artemidoro se pasa al estudio de los *Discursos sagrados* de Arístides insistiendo, de entrada, en la aparición en sueños de Asclepio; o bien, todavía, el capítulo dedicado a la literatura cristiana acaba justo con unas referencias a lo "novelesco" —ciertos apócrifos, el pseudo-Clemente— que permiten empalmar naturalmente con el capítulo siguiente, de nuevo dedicado a la literatura pagana y, en concreto, a la novela); pues bien, que a pesar de la hábil disposición del material —o justo por esto mismo— uno tiene la impresión de que todo queda demasiado claramente solidario. Por lo demás, no puede reprochársele a Reardon un menosprecio de la problemática de las diversas cuestiones, y sería injusto conjeturar, de estas precisiones, que hay en su obra una tendencia a la simplificación. Al contrario: en el texto así como en las notas lo que hay es un conocimiento seguro de las cuestiones planteadas y de las soluciones aportadas por distintos investigadores, al lado de una muy útil y objetiva discusión, a veces pormenorizada, de éstas. Pero esto no quita que en algunos casos la exposición sugiera como una ordenación muy preconcebida (y, en este sentido, tendenciosa) de los materiales objeto de estudio. Como tampoco debe olvidarse que, seguramente, esta característica no es sino un mérito dada la intención del autor.

Un problema relativamente grave al emprender este estudio era la acotación cronológica del período a estudiar y las distintas implicaciones históricas del tema una vez acotado aquel período. Sobre lo primero, sería demasiado arduo insistir aquí, máxime teniendo en cuenta que excedería los límites normales de una reseña en esta revista, pero sí querría decir algo sobre estas implicaciones. La primera obligaba, sin duda, a la referencia a la contemporánea literatura griega cristiana, y, si bien en un capítulo que, por su extensión, resulta a mi juicio el más insuficiente del libro, esto se ha cumplido. No así en cuanto a la segunda, las implicaciones de la literatura griega del período con la latina contemporánea; es cierto que, para leer a Horacio y a Virgilio (a determinado nivel, al menos) "il faut une connaissance assez profonde de la littérature, de la mythologie, et enfin de toute la civilisation grecques" (p. 19), pero no es cierto (al menos dicho de este modo) lo que a continuación afirma Reardon, que

“pour lire Lucien, il n'est pas besoin de savoir quoi que ce soit sur Rome”, como tampoco es cierto en el caso de Elio Arístides ni en el de tantos otros. En mi opinión (y brevemente) sucede lo siguiente, que la literatura latina se consolida desde luego al amor de los modelos griegos (los “exemplaria graeca” que con tanto encono recomendara manejar Horacio), y que, según va cobrando consciencia de ella misma, va tendiendo a “distanciar” lo griego (sobre todo lo griego contemporáneo); pero que, a pesar de ello, hay una base cultural común, y unas circunstancias históricas relativamente comunes que convierten a la literatura latina de época imperial, para un helenista, en un yo diría imprescindible paralelo de la evolución de la griega (siendo obvio que los términos pueden, y deben, invertirse). ¿O es que, en varios lugares de esta obra, no tiene cabida, y aportando mucha luz, la consideración de la novela griega de un rétor africano que la escribió en latín, o sea Apuleyo? El mismo libro responde a ello, pues Apuleyo aparece, en efecto, en distintos lugares. ¿Y qué decir en lo referente a Frontón y a tantos otros?

Por lo demás, hay otro hecho: que los griegos pueden no tener que preocuparse por la *paideia* romana, pero que mal puede considerarse que no tengan que referirse o que sentirse de algún modo inquietos por el presente, por la Roma contemporánea: no en vano se buscarán temas de crítica paralelos en Luciano y en Juvenal, pongo por caso.

Otra de las implicaciones, ésta distinta, del tema, y fundamental para la valoración desde el punto de vista de lo literario de esta época, radica en la lengua de los textos literarios griegos de época imperial. Es éste un tema admirablemente tratado y con gran documentación y sentido crítico por Reardon (pp. 80 ss.), y su tratamiento deja ver que sería muy interesante un estudio a fondo de la lengua literaria del período, no tan “literaria” como suele decirse ni, seguramente, casi hablada como pretende Higgins.

Al lado de esto, las aportaciones de Reardon en todos los aspectos son notables: no sólo, a veces, por sus modélicas puestas al día (por ejemplo, del sustrato retórico de los autores de la época), también por su forma de mediar, con excelente sentido común, en las cuestiones más debatidas (por ejemplo, en la de la lengua literaria) y, del mismo modo, al centrar algunos temas, éstos recobran una especie de posición integradora de teorías que se querían encontradas e irreconciliables: deben aquí citarse los esfuerzos de Reardon por valorar, sin exclusivismos pero muy eficazmente, la influencia de los temas y, más todavía, del “ambiente” religioso de la época en la novela griega de amor y de aventuras. Los estudios de Kerényi y de Merkelbach encuentran aquí una valoración relativa que los deja, entiendo, muy en su lugar: se señala su importancia pero sin dejar ilusiones sobre su tendencia a una interpretación “total” de este tipo de novelas (cf., en especial, p. 394); el planteamiento de Reardon incide en la raíz misma del problema, desde el punto de vista metodológico.

Son otros muchos los méritos que reúne esta obra, siendo uno no negligible la forma correcta, ordenadísima, de la exposición, así como la muy estudiada proporción y relación entre texto y notas (algunas francamente de gran utilidad). Los índices contribuyen al feliz manejo del libro, y es oportuno el que se haya reunido al final la bibliografía, muy completa.

CARLOS MIRALLES

LEITNER, Helmut: *Bibliography of the ancient medical authors*. With a preface of Erna LESKY. Hans Hubers Publishers, Berna-Stuttgart-Viena 1973, 61 pp.

La finalidad concreta de este opúsculo, cuyo título puede inducir a error, es ofrecer una lista completa de las ediciones y traducciones de los autores médicos de la antigüedad. Con esta finalidad específica en la mente, el autor nos ofrece una lista alfabética de los

escritores médicos de la antigüedad, indicando, al margen, si se trata de una edición o de una traducción. El criterio para la selección de las ediciones y versiones es cronológico, y se ha excluido de la obra toda referencia a autores de veterinaria

Aunque el autor se cura en salud afirmando, por boca de E. Lesky, que “completeness in regard of individual authors cannot be claimed” nos permitiremos señalar algunas pequeñas lagunas que no pretenden otra cosa que añadir un breve complemento a la lista que el autor nos ofrece: a Diocles de Caristo, habría que añadir las páginas que le consagra Wilamowitz en su *Griechisches Lesebuch*, dado sobre todo el hecho de que la edición de Wellmann es prácticamente imposible de encontrar; es raro asimismo que la imponente versión que de Dioscórides publicara el profesor Dubler, no aparezca en las listas. Falta asimismo la versión, con texto griego, del tratado galénico *Quod animi mores corporis temperamenta sequantur*, de García Ballester. La traducción española de “Sobre el medio ambiente” que está indicada “sine auctore” (erróneamente) es del que firma esta reseña. Dieuques no figura en la lista: hay que añadirsele e indicar la reciente edición con versión francesa, de Janine Bertier (Leiden 1972). En la indicación de las ediciones y traducciones de las distintas obras hipocráticas faltan los tratados incluidos en la edición de Joly en la “Collection des Universités de France” (el tomo VI es de 1972, el XI de 1970). El tratado *Sobre la medicina antigua* que publiqué en “Convivium” no está reseñado. Dentro de las ediciones parciales o totales de Hipócrates falta nuestro tomo I de las Obras de Hipócrates (Barcelona, F. B. M. 1972).

Es importante señalar, como orientación, que se indican las obras o tratados en curso de preparación o de aparición inmediata.

JOSÉ ALSINA

DILLER, Hans: *Kleine Schriften zur antiken Medizin, herausgegeben von G. Baader-H. Grensemann*. Walter de Gruyter, Berlín-Nueva York 1973, IX, 300 pp.

En la serie *Ars medica (Texte und Untersuchungen zur Quellenkunde der antiken Medizin)* que publica el Instituto de Historia de la Medicina de la Universidad libre de Berlín aparecen ahora reunidos, formando un volumen de homenaje en el 65 aniversario de su autor, sus más importantes “opera minora” en el campo de la medicina antigua. Diller es uno de los pioneros del renacimiento de la historia de la medicina antigua que se iniciara en Alemania en los comienzos del tercer decenio de nuestro siglo, cuando en Leipzig, en el seno del “Institut für Geschichte der Medizin”, primero Sudhoff y luego Sigerist dieron un impulso definitivo a estas investigaciones. El momento, sin ser demasiado halagüeño (véanse las manifestaciones más bien pesimistas contenidas en *Kyklos*, 3, 1931, 445) se demostró, a la postre, que ofrecía, al menos, grandes posibilidades. En torno a Sudhoff o a sus sucesores en la dirección del “Institut” y de la revista que era su portador, *Kyklos*, se formaron los jóvenes que, aún hoy, están en cabeza en lo que concierne a los trabajos filológico-médicos. Aquí y en otras partes de Alemania, por ejemplo, en Berlín, surgió una auténtica generación que iba a sacar la historia de la medicina antigua del estancamiento en que había caído desde los primeros años del siglo xx. Nombres como Edelstein, Temkin, Deichgräber, Jaeger, Pohlenz, Diller, van a darnos ahora importantes estudios, tanto en lo que respecta a la medicina hipocrática —sin duda el campo histórico más trabajado—, como en lo que concierne a los períodos posteriores. Se constituye así una nueva orientación que pronto se demostraría altamente fructífera. No es preciso suponer que esta “escuela” —si de escuela puede hablarse— iba a aceptar los mismos postulados críticos y defender las mismas doctrinas. Si en algunos casos eso es verdad, puede, en otros, comprobarse que las posiciones varían considerablemente: basta, por ejemplo, considerar cómo diverge Diller de Edelstein en lo que respecta a una serie de puntos importantes (cf. la reseña de Diller al *Peri Aeron und die Sammlung der hipp. Schriften* de Edelstein, pp. 131 y ss. del volumen que reseñamos); como basta comprobar en qué medida un Pohlenz se aparta de las conclusiones de Diller en lo que

concierna al autor de cada una de las dos partes que componen el tratado "Sobre los aires, aguas y lugares" (cf. la reseña del libro de Pohlenz por Diller en pp. 188 y ss.). Lo que sí resulta innegable es que un mismo entusiasmo y, por lo general, una voluntad clara de seguir un método común se hace manifiesta en no pocos de los trabajos de esta generación de estudiosos. Por ejemplo: en su tesis doctoral (luego parcialmente publicada en la revista *Kyklos*, I, 1928) proponía O. Temkin, como principio hermenéutico, lo que él llamaba "la conexión sistemática" (*systematischer Zusammenhang*) entre las diversas obras del Corpus hipocrático. Pues bien, inmediatamente publicaba Edelstein su tesis doctoral, en la que intentaba —según rezan las propias palabras del autor en el prefacio de su obra— "die Schriftπερὶ ἀέρων ὑδάτων, τόπων zu verstehen, und in den Zusammenhang einzuordnen, in den sie inhaltlich und literarisch als Schrift des Corpus hippocraticum gehört". Lo mismo iba a hacer, corrigiendo algunos de los puntos de vista de Edelstein el propio Diller en su *Wanderarzt und Aitiologe*, aparecido en 1934. Por las mismas fechas, Deichgräber intentaba algo parecido con las *Epidemias*.

Los trabajos incluidos en el presente volumen forman un complemento de los *Kleine Schriften zur antiken Literatur* que, editados por Newiger y Seyffert, aparecieron en 1971 en Munich. La ordenación es cronológica, y abarca artículos y reseñas comprendidos entre 1933 y 1969. Pero se ha establecido una diferenciación entre artículos y reseñas. En conjunto, pues, tenemos, recogida y estupendamente editada, prácticamente toda la producción de Diller en materia de medicina antigua, si exceptuamos sus libros y los artículos del *Pauly-Wissowa*. Varios índices cierran el libro.

JOSÉ ALSINA

BERTIER, Janine: *Mnésithée et Dieuchès*. Leiden, Brill, 1972, XI, 280 pp.

Este libro, que aparece dentro de la serie *Philosophia antiqua*, editada por Verdenius y Waszink, merece los más sinceros elogios por parte de quienes se sienten interesados por la medicina antigua. Es cierto que, propiamente hablando, no puede considerarse como una verdadera edición de los fragmentos de cada uno de estos dos médicos griegos, pero es que tampoco el autor ha pretendido tal cosa (cf. p. VIII). Lo que sí importa resaltar, en todo caso, es que cubre, en parte al menos, una laguna. Porque si bien es cierto que los fragmentos de Mnesiteo habían sido editados en 1935 por Hohenstein (*Der Arzt Mnesitheos aus Athen*, Diss., Berlín 1935), esta obra es difícil de conseguir. Y, por otra parte, los de Dieuques nunca habían merecido el interés de los filólogos. El autor, pues, se halla en la línea de quienes, siguiendo las orientaciones trazadas por la escuela de Leipzig hacia los años treinta, han intentado ir ofreciendo, de un modo lento pero constante, lo que ha llegado hasta nosotros de esos médicos cuya obra, perdida casi enteramente, se conserva medio escondida en los grandes compiladores postgalénicos (Oribasio, por ejemplo) o recogida, o al menos aludida, en hombres como Galeno, y, remontándonos más arriba, en Aristóteles, cuando no medio perdida entre los datos que autores como Ateneo o los escoliastas de Hipócrates y Galeno nos proporcionan. Es así como, siguiendo esas pautas, Deichgräber pudo ofrecernos una magnífica edición de los fragmentos de la escuela empírica (ahora recientemente reeditada) y Steckerl los de Praxágoras y su escuela (Leiden 1958). Pero sin duda queda mucho por hacer en este punto. Se hace una necesidad imperiosa, por ejemplo, disponer de una edición de Herófilo (la obra de Fr. Marx, de 1848, aparte de ser incompleta no está al día) y de Erasítrato. La edición que nos diera, hace ahora exactamente 73 años, Wellmann de los fragmentos de la escuela siciliana (en la que, erróneamente incluía a Diocles de Caristo) cumple en parte su función: pero una nueva edición de Diocles está esperando, pues Jaeger ha descubierto nuevos fragmentos, y la misma figura del "segundo Hipócrates" ha sido renovada por los últimos estudios del propio Jaeger, de Heinimann y de Kudlien. Parece, en fin, que está a punto de aparecer la edición de los fragmentos de la escuela cniada, preparada por Deichgräber.

El libro consta de una parte general, introductiva, que comprende las ciento cuarenta y nueve primeras páginas, y una segunda parte, con la edición, traducción y comentario, a base de notas, de los fragmentos de los dos médicos. El autor, basándose en un estudio del ex-voto descubierto en 1876 en la pendiente meridional de la Acrópolis, y estudiado entre

otros, por Girard y por Jaeger, cree poder situar a los dos médicos en el siglo iv. Comprende esta primera parte, además, un estudio sobre la medicina de Mnesiteo y Dieuques. La mayor parte está dedicada a Mnesiteo, más importante sin duda que su colega, y, sobre todo, a la dietética y a la "puericultura".

Lástima que una serie de erratas, tanto en el texto francés como en el griego, afee un tanto la por lo demás pulcra edición. Señalaremos, entre las erratas, p. VII, Alcémón por Alcémón (errata que se repite en la nota 2 de la misma página); página 4, nota 2, léase *Schule*; p. 155, léase *pneumatische Schule*; sobre todo son de destacar las erratas en el griego: p. 14, nota 8 léase ἐγὼ; p. 18, n. 17 léase φλέγμα; p. 153 (frgto. 1), léase διαβάσι; p. 154 (fr. 4), φιλότιμον; id. (fr. 5), ἐκατέρας, αἰρέσεως, φλεβοτομίας; p. 160 (fr. 10), μεθόδῳ p. 162, línea 42, γυμῶν; línea 49, ἀλόγοις; p. 174 (fr. 20), Νηπιιοτροφικοῦ.

Señalaremos, finalmente, que el autor, que se esfuerza en rebajar las conclusiones de Jaeger con respecto a la cronología de Diocles, habría podido obtener un buen auxilio en el trabajo de Kundlien "Probleme um Diokles von Kartystos" (*Sudhoff Archiv für Gesch. der Med.* 47-1963, 456 y ss.), así como del trabajo anterior de Heinimann (*Mus. Helv.* 12-1955, 158) que ataca de raíz algunos de los argumentos en que se apoyaba Jaeger para postular su cronología baja. Heinimann sostiene, en efecto, que la famosa carta al rey Antígono es, simplemente, una falsificación.

JOSÉ ALSINA

TARAGNA, Sandra: *Economia ed etica nell'Economico di Senofonte*. Torino, Università di Torino, Facoltà di Lettere e Filosofia, 1968, 128 pp.

El estudio cuidadoso de Sandra Taragna sobre el Económico pone de manifiesto unos aspectos fundamentales de la obra. Lejos de ser un diálogo en donde el autor cuenta en forma anecdótica sus experiencias personales acerca de la administración de una hacienda, como podría parecer al lector presuroso, la obra contiene toda una teoría sobre la economía y el buen ecónomo.

La autora sigue paso a paso la conversación entre Sócrates y Critóbulo acerca del verdadero concepto de economía y riqueza y su indagación de la única fuente de ésta, digna del hombre libre, hasta encontrar un representante de la ἀλοκαγαθία, buen administrador, que pueda orientar a Critóbulo en el arte de la administración de una hacienda agrícola. Con ello se llega al diálogo entre Sócrates e Iscómaco en el que aparece la administración agrícola estrechamente vinculada a la virtud del hombre καλὸς κάγαθός hasta el punto de ser ésta la causa del éxito en la economía. De ahí que en la conversación se expongan las obras del ecónomo portador de tal calificativo.

El buen ecónomo, administrando la hacienda según lo bueno y justo y gracias a su adaptación al orden divino al dividir con su esposa las obligaciones respectivas de acuerdo con sus aptitudes distintas y complementarias, colabora en la obra ordenadora de la divinidad y sigue por las vías de la ἀλοκαγαθία.

Ante la tesis del Económico afirmando que el buen ecónomo en el ejercicio de sus funciones directivas asume el cuidado del orden entre las cosas y personas, la autora pone en conexión la obra del administrador virtuoso con la actividad divina de establecer y mantener el orden y su voluntad ordenadora manifestada por la ley y apunta la posibilidad de que para Senofonte la Economía doméstica sea una imitación de la obra del dios ordendor del universo.

Sandra Taragna analiza a continuación la discusión entre el filósofo y el administrador acerca de la felicidad del buen ecónomo y su posibilidad de alcanzarla. Distingue un doble aspecto en la actividad del hábil administrador: de un lado parece el camino más digno para obtener riqueza y todo lo bueno para el hombre según la opinión común; de otro es la labor de quien sabe inducir al cumplimiento del deber a las personas que se hallan bajo su dirección no por la fuerza sino de grado y no tanto por la esperanza de un premio o el

temor de un castigo como por la voluntad de abstenerse de actos vergonzosos y aparecer merecedores de alabanza ante el jefe por su virtud. Si en el primer sentido el administrador no puede obtener más que el gozo limitado de realizar obras magníficas, estándole vedada la perfecta felicidad solamente asequible al hombre absolutamente libre, en este último parece estar en disposición de conseguir una elevada felicidad.

De este modo queda una vez más planteado en la obra de Jenofonte el problema del arte de mando. Pero si en otros escritos se enfoca desde un punto de vista práctico o se traza la figura de un representante que pueda ejemplarizarlo, el Económico expone sucintamente el aspecto teórico.

El poder de mando en la agricultura y en toda actividad exige educación, dotes naturales y un don divino ya que es preciso hacerse semejante a un dios. Sólo así un hombre es capaz de persuadir a los demás a reconocer que la utilidad real es lo bello y justo, y de este modo educarlos en la virtud. En este sentido el buen ecónomo experimenta una felicidad en cierto modo semejante a la del dios que impone el orden entre los hombres y los inclina a la virtud.

Tal vez uno de los puntos más interesantes del estudio es la contraposición de la perfecta economía de la autosuficiencia y el ecónomo perfecto representado por Sócrates y la economía segunda y el buen ecónomo personificado en Iscómaco, que va apareciendo como una constante a lo largo de la obra a través de la ironía socrática que presenta como aprendiz en este arte al verdadero maestro. Esta dualidad puesta de manifiesto ya en el diálogo entre Sócrates y Critóbulo se revela nuevamente en la conversación del filósofo con Iscómaco dando unidad intencional a la obra.

Por esta razón al referirse en el capítulo final al espinoso problema de la composición del Económico, que tanta tinta ha hecho correr, la autora afirma que la distinción de la obra en dos diálogos y la introducción del personaje Iscómaco concurren a manifestar el convencimiento de Jenofonte de que el filósofo es perfectamente sabio y virtuoso y el único y auténtico maestro en tanto que la economía doméstica si bien es también ciencia y virtud, al no comportar la privación de los bienes externos ni la perfecta libertad del sabio, presuponiendo en cambio la posibilidad de disponer de dichos bienes y el conocimiento de las técnicas, no es ciencia ni virtud perfecta.

La autora, no satisfecha con encontrar una misma intención en los dos diálogos del económico, estudia el sentido unitario de la personalidad de Sócrates en el Económico y en las Memorables. El personaje, a pesar de los distintos aspectos bajo los cuales aparece a lo largo de la obra, se muestra siempre como filósofo y maestro de sabiduría. Jenofonte, al igual que en las Memorables en donde hace su apología demostrando cómo ayudaba a quienes le frecuentaban, en el Económico revela cómo, discuriendo con su interlocutor, le conducía a un razonamiento coherente y a una actuación consciente. Pese a que la finalidad apologética de esta obra sea menos manifiesta que en las Memorables, la figura de Sócrates es la misma en ambas obras. La sabiduría y virtud del maestro en el Económico se intuye por contraposición con el hábil administrador, en tanto que en las Memorables son puestas de relieve a través de su indagación acerca de lo humano y de su enseñanza a los discípulos en el camino del conocimiento y de la virtud.

El Sócrates de las Memorables, a quienes desean ser filósofos, les ayuda a adquirir la perfecta sabiduría y virtud a fin de que adquieran la completa felicidad y a quienes buscan progresar en los diversos campos de actividad les indica el camino por el cual pueden conseguir obrar con ciencia y virtud a fin de obtener buen éxito. El Sócrates del Económico y de las Memorables no enseña un saber técnico, induce a sus interlocutores a adquirir la *paideia* que les conviene. Y en primer lugar persuade a sus discípulos para que obtengan el arte de mando, procurando que adquieran la educación adecuada.

Las diferencias en la composición de una y otra obra llevan a la autora a considerarlas como dos obras distintas, pero por el contenido y la intencionalidad común en ambas, ve en el Económico un complemento de las Memorables. En ellas se presentan dos caminos distintos por los que el hombre puede hacerse semejante a la divinidad: el de la Filosofía y el de una hábil dirección. De este modo aporta nueva luz al problema estudiado sin llegar a una solución por Schenk, Hornstein y Lincke.

El estudio de Sandra Taragna resulta de gran interés no sólo por la nueva y penetrante visión de la obra socrática de Jenofonte sino también por la buena selección de la bibliografía que maneja.

NURIA ALBAFULL

GIACCHERO, Marta: *Edictum Diocletiani et Collegarum de pretiis rerum venalium in integrum fere restitutum e Latinis Graecisque fragmentis*, I (Edictum), II (Imágenes), VIII Pubblicazioni dell'Istituto di Storia Antica e Scienze Ausiliare dell'Università di Genova, Génova 1974, 313 y 177 pp.

Es bien sabido que, desde que en 1709 se hallara casualmente en el *Bouleuterium* de Estratonicea de Caria una monumental inscripción inserta en sus muros, la historia ha contado desde entonces con el *Edictum de pretiis* —privado en su primera manifestación de la *inscriptio*—, inicialmente en sus doce primeros capítulos latinos. Como era de esperar, la cuestión del *edictum* ha ido siendo gradualmente analizada con exhaustividad a medida que los descubrimientos epigráficos permitan un conocimiento cada vez más profundo del mismo. Ya en 1890, Mommsen publicaba su "Das Diocletianische Edict über die Waarenpreise", *Hermes*, 25, 1890, pp. 17-35, a partir de los treinta y cinco fragmentos descubiertos hasta aquel momento. Y no podemos olvidar, además de sus múltiples trabajos sobre el tema, la exacta interpretación que, en colaboración con H. Blümner, formuló en su *Der Maximaltarif des Diocletian*, Berlín 1893. Asimismo, ante las sucesivas ediciones de Elsa Graser (*The Edict of Diocletian on Maximum Prices*, Baltimore 1940), a partir de sesenta fragmentos (con omisión, sin embargo, de los por entonces conocidos *Lebadiacum IV Graecum* = CIL, III, 2 p. 812 E, *Thebanum II Graecum* = CIL, III, Suppl. 1, 1925 PP y *Tegeaticum II Graecum*), los importantes trabajos de Bingen y la muy reciente y magnífica edición de Lauffer (*Diokletians, Preisedikt*, Berlín 1971, con la aportación de todos los fragmentos de Afrodísia, editados en CIL, III, Suppl. 2, 2208-2209, QQ, I-VII), cabría en principio preguntarse qué puede aportar una nueva edición del *edictum* —que, como ya demostrara Lafaurie, fue promulgado por los tetrarcas entre el 20 de noviembre y el 9 de diciembre del año 301—, tan próxima en el tiempo a la de Lauffer.

Pues bien, la obra, además de aportar tres importantes fragmentos inéditos (Thespiense II, n.º 130, griego y los latinos Aphrodisiense XXX y Aphrodisiense XXXI) e incorporar todos los aparecidos hasta la fecha de su publicación, sobre todo los recientes descubrimientos en Afrodísia de Caria y Aezani de Frigia (frs. 118-132) —con lo cual el número de fragmentos existentes hasta el momento alcanza la cifra de ciento treinta y dos—, permite la reconstrucción casi íntegra del texto latino del *edictum de pretiis*, cuando, anteriormente, el conocimiento de las equivalencias dependía fundamentalmente de los testimonios griegos. E, igualmente, proporciona nuevas y muy importantes indicaciones internas de carácter numismático y de equivalencia económica.

Pero ello, con ser importante, no es todo. En esta edición, en la que se reconstruye casi íntegramente el texto, señalándose convenientemente en el apartado las variantes respecto a la edición de Lauffer, pese a que queda todavía fragmentaria la parte final del *edictum*, se realiza una labor modélica dentro del campo de la epigrafía. No sólo es notablemente exhaustivo el acopio bibliográfico, el repertorio de fragmentos latinos y griegos y acertada la reconstrucción del *edictum* y el léxico latino en la versión griega, sino que el capítulo dedicado a las indicaciones metrológicas me parece realmente afortunado.

La *editio* del *edictum* comienza con la enumeración de los ciento treinta y dos fragmentos que la obra incluye, a la que sigue el texto propiamente dicho, con las tarifas en texto bilingüe, en una reconstrucción que debe mucho a la edición de Lauffer, pero que es encomiable por el completo acopio de todos los fragmentos y su desarrollo.

La obra, inteligentemente concebida toda ella, termina con un índice de palabras griegas y latinas que aparecen en el *edictum* (y su notación de pertenencia a cada fragmento) y la traducción italiana del texto y las tarifas, traducción que, a mi juicio, debería ir incorporada bajo el texto original —por tanto, bajo el aparato crítico—, con lo cual tendríamos en la

misma página, y en lo relativo a las tarifas, el texto latino, el texto griego y la traducción italiana. Este es, quizás, el único error notable de configuración que aparece en la obra que, por otra parte, es notablemente pulcra. Creo que, de haberse hecho así, se hubiera patentizado aún más la ingente labor de la autora.

El segundo volumen, de los tres que se anuncian integrarán toda la edición, presenta, bajo el epígrafe de *Imagines*, un complejo de ciento treinta reproducciones fotográficas de inscripciones griegas y latinas, pues no se publica la totalidad de los fragmentos. Y es de suma importancia porque, en obras de este tipo —la escuela italiana suele ser una excepción—, no acostumbran publicarse gráficamente los fragmentos epigráficos. El aporte gráfico se completa con unos mapas de las localidades de Acaya y el territorio imperial en que se han hallado testimonios del *edictum* y con la *comparatio exemplorum* de la disposición gráfica de los fragmentos griegos y latinos.

La profesora Giacchero, para finalizar, anuncia la próxima aparición de un tercer volumen, en curso de preparación, en el que abordará la interpretación histórica, económica y social del *edictum*, enmarcándolo en el conjunto de la política de Diocleciano. Su publicación debe aguardarse con impaciencia para poder comprobar si la aplicación del análisis histórico se sitúa al alto nivel alcanzado en su labor técnica. Una cuestión de capital trascendencia porque el *edictum de pretiis* constituye un testimonio auténticamente excepcional, único en su género, para la interpretación social del mundo romano en los años siguientes a la reforma monetaria de Diocleciano.

C. SCHRADER

HURTADO CHAMORRO, Alejandro: *Greek Mythology in Rubén Darío*. Madrid, Editorial (no date given).

Dr. Alejandro Hurtado Chamorro is a scholar and his publications reveal a keen admiration for classical studies. His favorite poets are Homer and Ovid and he has utilized a certain fondness for Greek culture to produce what is probably the best text on Grecian influences in the works of Rubén Darío. Dr. Hurtado Chamorro scrutinizes this precious legacy at length and he is assuring through the use of numerous citations that this influence is indeed much greater and a bit more direct than what many scholars had previously realized. Dr. Hurtado Chamorro has not been the first to discuss Greek culture in the works of Darío. There was a brilliant essay published quite some time ago by the distinguished Argentinian Hellenist, Arturo Marasso Roca, who was probably one of the first to point out the nature and the severity of this impact. There is another important book in this series by Dolores A. Fiore, *Rubén Darío: In Search of Inspiration* (New York 1963). There have been a few additional papers that have been read at meetings or published in scholarly journals, but they can be dismissed as useless.

It is the impression of this critic that *Greek Mythology in Rubén Darío* is the most important study to have appeared in print. There is no other book on this subject that I know of —and the bibliography on Darío is extensive— which provides us with such clear a guide to the mythology of Greece on the Nicaraguan. This book is a landmark; it concentrates in a manner both vigorous and exhilarating, the thought of one of the very few figures in contemporary intellectual life, whom we can describe as great.

Dr. Alejandro Hurtado Chamorro has studied engineering at Golden, Colorado, and he holds the Doctorate in Law from Granada, Nicaragua. He won an award from the Nicaragua Academy for his study on *Observations in the Poetic Works of Rubén Darío* (1962). As a matter of fact, this publication was considered the best native scholarly work to be published during the year 1962. He has visited libraries across the continent of Europe and he has also travelled throughout the Soviet Union.

This volume on Darío was awarded an important distinction by the Government of Nicaragua. But the work on Greek mythology will interest the reader because it penetrates a very important and essential dimension in the work of Rubén Darío and shows how and by what means it nourished the poetic furnace of the Nicaraguan. Dr. Hurtado Chamorro

points out the sources that Darío used and examines these curious borrowings from Homer, Ovid, Muller, Paul de Saint Victor. He groups the Greek gods in two sections —the figures that evolve around the world of sentiment (Venus, Eros, Diana, Psyche, Hypsipyle, Atlanta, Leda), and figures that evolve around the world of art and nature (Apollo, Pan, Daphne, Syrinx, Orpheus, Pythagoras, Hercules, Pegasus, Philomela). Darío not only incorporated Greek myths, but there is evidence from the pages of Leconte de Lisle, Moreas, Catulle Mendes, D'Annunzio, Oscar Wilde. The book contains a full length essay on the poet, written by Guillermo Díaz-Plaja; there are chapters on the Unfolding of Mythology; Mythology in Literature; The Hellenism of Rubén Darío; the Mythological figure of Darío; the Effects of Greek Mythology on the Poetry and Prose of Rubén Darío.

The glories of Greece are brought vividly to life in this study. It will remain a standard work on the subject for many years and it does not seem likely that there will be a better book on the study of Greek mythology in the poetry of Rubén Darío.

Rubén Darío was probably the poet who knew how to profit... better than anyone else in the Hispanic language... from the sublime expressiveness of Hellenic symbols and myths.

JAMES KLEON DEMETRIUS

VACALOPOULOS, Apostolos E.: *Origins of the Greek Nation 1204-1461*. Rutgers University Press, New Brunswick, Nueva Jersey 1970.

This current edition has carried the scholarly process forward to such an extent that the treatment accorded to this material is now suitable for a solid course in Greek history. This 1970 first American edition by the distinguished Professor Apostolos E. Vacalopoulos of the University of Thessalonica answered the need for an important one-volume survey of the entire field of Greek history, from 1204-1461. One reviewer wrote at the time of the book's first appearance that it was a "major contribution" and "undoubtedly one that has a legitimate claim to attract an international audience". Dr. Vacalopoulos is an author who not only knows his subject, but he is a scholar who has deep admiration for the subject he writes about. Once the foundation of basic knowledge has been developed for the reader, Dr. Vacalopoulos presents a collection of facts and speculations about the origins and development of the Greek nation that is unrivaled for sheer fascination of detail and insight.

In this erudite study, Dr. Vacalopoulos has undoubtedly collected the largest number of facts ever used for a study on modern Greece. He puts this study into its proper focus, with the dissolution of the Byzantine Empire after the Fourth Crusade in 1204. "The crucial effect which Frankish and Turkish domination of Greece exercised on the development of the modern Greek nation —or, to use the current Greek term, Neo-Hellenism— has been adequately explored only recently. It is Vacalopoulos' thesis that, despite the decay and final demise of the Empire and the horrors of Frankish and Turkish occupation, medieval Hellenism served as a transitional stage in the formation of Neo-Hellenism." The author begins his book with a review and discussion of sources. There is a forward by Dr. Peter Charanis, Byzantine scholar and General Editor of Rutgers Byzantine Series. The introduction is followed by seventeen sweeping chapters; there are notes, an index, maps, and numerous illustrations.

This book places emphasis on the cultural continuity of the Greek people. Dr. Vacalopoulos analyzes the forces which rose from the disaster and shows how these constituted the basis for the formation of the modern Greek nation. Dr. Vacalopoulos shows by what means the Byzantine Empire, with its Christianity and National Church remained faithful to the Greek tradition; how, for guidance and inspiration, it had searched and discovered the wisdom of the great ancient literary and philosophical works, thus clearly demonstrating how close the past is to the present and how the pulse of the past is felt so keenly at all times in Greek history. He is also determined to illustrate how the Byzantine refugee scholars contributed heavily to the cause of the Renaissance. Their studies at numerous cities in Italy, the

academies they established, the numerous treasures of Greek literature they brought with them —helped mark the opening of a new era of Greeks abroad—.

The German historian Fallmerayer in 1830 had startled the world with his theory that the ancient Greeks had been absorbed by invaders; there were no longer any Greeks left, and the word "Slav" was used in place of Greeks. Those were the utterances of a foolish historian, who ought to have studied his history more profoundly. But the truth of the matter is the fact that a study of linguistics will show that Slav languages could not influence the morphology and syntax of the Greek language in any profound manner. We have about 273 words of Slavic influence in the Greek language. Slavic influence upon Greek culture has been very infinitesimal. Dr. Poulianos, a very distinguished Greek anthropologist, through some of his very serious studies determined the unbroken racial affinity which exists between the ancient and modern Greeks. The displacement of Greek families was never as great as Dr. Fallmerayer would have us believe —Hellenism persisted and the newcomers were never in the majority— a majority which would have blotted out the Greek.

Constantinople was the protector of important Greek treasures. This metropolis had a fusion of many peoples, a common culture, but the most important ingredients of this culture was Greek. Byzantine culture shows its close affinity with classical and its Hellenistic counterparts. We can note the evidence of this fact in Byzantine painting, too. But Byzantium was to play another role —it contained the seed for the birth of Neo-Hellenism and Dr. Vacalopoulos considers the year 1204— the year in which modern Hellas was born. Dr. Zambelios was indeed one of the first to hypothesize the origins of Greek feeling and he was able to trace this mood back to Byzantine times. In separate doctrines, Paparhegopoulos, Amantos and Voyatzides, have demonstrated that politically and culturally, modern Greece is a direct derivative of powerful forces that stem essentially from Byzantine Hellenism. There was also the rivalry between Epirus and Nicaea, which aided in the development of Hellenism; but the important factor was that the Greek people always looked upon classical civilization as a natural expression of their personal beliefs. It seems that certain scholars have refused to understand the role that this reverence for the past played in the molding of the spirit of Neo-Hellenism. After 1204 there was revival of the name "hellene" and there was a fierce awareness of cultural differences. Theodore ii Lascaris was a distinguished lover of Greek civilization and he is a figure that must be reckoned with in the study of modern Greek history; it was he who was the originator of the "greek Idea". During the period stemming from the thirteenth to the fifteenth centuries the words "Hellas" and "Tellene" were used conjunctively with the word nation. And another phenomenon had occurred at this time, too —by the time the Latin forces had conquered Byzantine territory, the demotic language began to be used as a formal literary tool—.

The Palaeologian dynasty became very much interested in the perpetuation of classical civilization during the thirteenth and fourteenth centuries. Constantinople, Thessalonica, Mistra, and for that matter —the entire Hellenic world— sought inspiration from antiquity. A revolution did occur in art, too, but the intellectual and artistic movement during the Palaeologian era helped greatly to contribute to the birth of modern Hellenism; on the other hand, it also contributed adequately to the various cultural movements of Europe. Whereas other nations have had to discover classical treasures, the Hellene never had to make such a discovery; he never allowed the beauty of classical antiquity to perish, so that he would have had to rediscover this vital force at a later date. At this epoch, Nicaea and Thessalonika were important centers of learning and Thessalonika had become a symbol of leadership, freedom, diplomatic activity, for all Greeks.

Simultaneously, the Peloponnese had become a symbol of hope of Hellas and the City of Mistra had become the City of Hellenism. The Orthodox Church, not only had to meet the challenge of Islam, but unfortunately it had to encounter challenges that came from the Catholic Church. Orthodoxy, and the stubbornness it offered in the face of these threats, helped contribute to the development of an Hellenic consciousness. By maintaining an inflexible attitude towards the Roman Catholic Church, Orthodoxy was able to receive converts from the West to its fold.

The Frankish and Catalan conquests were other elements that helped bring about a

maturation of national consciousness. Manuel, of the Palaeologi family, had been very vigorous in the dissemination of this Hellenic spirit. Then, there was George Gemistos, a Platonist, and a fervent adherent of Neo-Hellenism. His major aims were to bring about reforms that were desperately needed in the areas of government and in society in general. Gemistos believed the Turks to be reincarnated Persians and the Grecian struggle against them represented a revival of the ancient wars against the Persians. Gemistos, along with Constantine and Bessarion, were in agreement about the needs for major reforms and they sought to undertake positive action to help overcome the numerous dangers that confronted them. Constantine Palaeologus' made definite cultural contributions by his assiduous love for Greek culture and he did indeed help bring about a change in attitude on the use of the word "Hellene". The chapter dealing with the "Turks at the Gates of Constantinople" is a chapter that every lover of history ought to read. The last days of the Empire are recorded with such vividness, such poignancy, that I must admit that I have never been faced with such crisp reading before. Constantine's death on a crumbled section of the Great Wall, the execution of Notaras' eldest son, Notaras' own execution; the legends that followed upon the execution of Constantine; and the important role that Chalcocondyles played, as he witnessed the passing of the Greek language and culture to Western shores.

The chapter on "Greek Scholars in the West" is most important. It delineates the sufferings of Greek scholars who sought to build a new life and a new home abroad. Nardo was an outstanding center of Greek studies; the monastery at San Nicola di Casola and its rich library of Greek manuscripts; Monk Barlaam and the important role he played in disseminating Greek culture in southern Italy; the importance of the year 1360 as Pilato created a special class of ancient Greek literature at the University of Florence; Boccaccio's and Petrarch's love of Homer and Plato—they became the fountain-head of the classical spirit in Italy; Italy's reception of Byzantine scholars: Demetrius Kydones, Manuel Calecas, Manuel Chrysoloras, John Argyropoulos, Demetrius Chalcocondyles, Janus Lascaris; the Councils of Ferrara and Florence in 1439 and the confrontation between Byzantine and scholars from the West; Marsiglio Ficino's establishment of the Platonic Academy; Bessarion's collection of important literary works that were put to excellent use by Aldus Manutius, who became renowned for his publication of classical texts.

The section on Greek scholars outside Italy is a bit weak. Only a few names on France are related: a George Hermonymos, a Spartan, taught at the Sorbonne in 1476. Three of his students became famous scholars of classical languages: the German Johann Reuchlin; the Dutchman, Erasmus; and the Frenchman Guillaume Budé. But Spain receives no mention at all there ought to be a chapter on the birth and development of Spanish humanism. For elaborate work in this area, I wish to suggest: Demetrius (*Greek Scholarship in Spain*); Bell (*The Spanish Renaissance*); Apraiz (*Apuntes para una historia de los estudios helénicos en España*); Vinas Mey (*Una página para la historia del helenismo en España*); the scattered and numerous works of Menéndez Pelayo may also be used; Rubio (*Classical Scholarship in Spain*).

Greek scholars contributed in a very powerful fashion to the development of the Renaissance. The Renaissance would have moved in a very different direction, and its impact would have never been as heavy, had it not received these vigorous intellectual contributions.

Dr. Vacalopoulos has given us a significant contribution with this impressive study. It is thoroughly researched (through Turkish, Venetian, Spanish, Slavic and Greek, source material), well-written and thoughtful in its evaluation. This is indeed the definitive handbook for modern Greek studies.

JAMES KLEON DEMETRIUS